

FEDERICO GIRÓN

GOTA CHINA



FEDERICO GIRÓN

GOTA CHINA

 **Cienflores** Editorial

Girón, Federico

Gota China / Federico Girón. - 1a ed. - Ituzaingó : Cienflores , 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4039-49-1

1. Narrativa Argentina. 2. Microficción. I. Título.

CDD A863

Editorial Cienflores

Lavalle 252 (B1714FXB), Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires.

Tel: +54-011-2063-7822 / email: editorialcienflores@gmail.com

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Editores responsables: Maximiliano Thibaut.

Arte y fotografía de tapa: Juan Augusto Girón / www.gironfotografias.com.ar

Diseño y diagramación: Soledad De Battista.

Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

Índice

[Asadora](#)

[Colisiones compulsivas](#)

[Cenizas](#)

[Gota china \(1\)](#)

[La abuela Neisser](#)

[Hacé mate o abrí la llave del gas por favor](#)

[Si querés te cuento de la Vice](#)

[Volver al presente](#)

[No es cosa de chicas](#)

[Leberwurst](#)

[Gota china \(2\)](#)

[Zapatitos](#)

[Franela china](#)

[Amor mío, encontré la zanahoria](#)

[Osiris](#)

[Ventrílocua](#)

Asadora

Los ve sentarse a los cinco, es la primera vez que los cruza. Uno, Chávez — todavía no sabe su nombre, ni está enterada de que comanda la mesa—, la observa de arriba a abajo, primero con extrañeza, después le clava sus ojos oscuros, una mirada sucia y penetrante, hasta que ella, intimidada, la baja. Se limpia las manos en el delantal, toma la cuchilla y comienza a afilarla contra la chaira a la altura del rostro, desafiante, pronunciando su desagrado con ese chirrido de metales. Le da bronca el modo en que la mira, nítido se le revela lo que esos ojos derraman sobre ella; siente un escalofrío.

Lo recuerda bien porque ya en ese primer encuentro hubo una señal de que tendría problemas con ellos, porque después de esa mirada cenagosa, como una premonición, fantaseó con ver cara a cara a un Chávez resignado y sumiso.

Hace unos días que trabaja por la noche en la parrilla, una pequeña, algo improvisada frente a la avenida y con pocas mesas sobre la vereda. El dueño, su patrón, vive ahí mismo; transformó su casa en un restorán de mala muerte.

Con disimulo, mientras gira la carne, observa hacia su mesa y ve que Chávez la descubre y le habla al oído a Guzmán — con intención porque a la distancia que se encuentra no podría oírlos—, que enseguida dirige su mirada cómplice hacia su lugar junto a la parrilla, sonrío pícaro mostrando los dientes, arqueando su fino y desagradable bigote color café con leche.

No se equivocó; la mala espina que le causaron desde un comienzo no era simple prejuicio. Al final de ese día hasta pensó en renunciar, conocía de sobra esa clase de tipos

que, frente a lo que los incomodaba, forjaban su arma de defensa con la provocación, y ella, se dijo, no había estudiado gastronomía tres años para aguantar esos clientes de mierda.

Enterados de que es la nueva parrillera, se presentan y simulan una discreta amabilidad, apenas si hacen algún comentario felicitándola por las achuras y los cortes que les lleva, cocinados con cuidado — seco para Chávez, jugoso para Guzmán, los otros tres no cuentan, apenas acompañan —. El dueño se lo ordena, le dice que son viejos clientes y de los mejores, que se tiene que esmerar, vienen seguido y además dejan buena propina. Cumple obediente y, como es buena en lo que hace, bromean acerca de que la carne está mejor que la que preparaba el Bizco, el anterior parrillero, es más tiernita, refiere en un momento Chávez y ella sonríe de compromiso, advierte su segunda intención. Cada vez que se acerca a la mesa a servirles hacen silencio, percibe la incomodidad que flota en el aire, la irritación que siente es originada por su presencia y que intentan subsanar, piensa, con miradas cómplices, libidinosas sobre su cuerpo.

Si no renunció a tiempo fue porque estaba difícil conseguir trabajo y porque su padre estaba muy enfermo; había sufrido un ACV, leve, pero así y todo debía mantener ella la casa y sus medicinas. No tenían suficientes ahorros, su carrera de chef los fue consumiendo a lo largo de tres años.

Ya sobre el final, mientras esperan que el dueño les traiga la cuenta, Chávez, en voz alta y con el único propósito de que ella lo oiga desde la parrilla, dice:

—Así que ahora tenemos “parrillera”, ¿quién lo hubiera dicho?, una mujer frente a las brasas. Y experta— y aclara un segundo después:

—En calentar la carne.

—Asadora— lo corrige sin mirar, dándoles la espalda. Hace sonar la cuchilla contra la mesada de cemento, brota

un raspado arenoso.

—Perdón. Asadora— exclama Chávez sonriente, acentuando con exageración la primera “a”.

—Sí, estudié cocina, me considero una cocinera, una *chef*, o asadora si te gusta más, pero no una parrillera— dice tuteándolo, ahora sí dirigiendo la mirada hacia su mesa; intuye que ese trato informal y cercano va a molestarle.

—¿Chef dijiste?, a la pipetuá...

—Sé hacer mucho más que estar frente a una parrilla.

En la mesa murmuran, se ríen con sonidos breves, cruzan miradas nerviosas, pero Chávez no; ve su cara transformarse, otra vez la mira con esos ojos de patrón de estancia decepcionado por la reacción de su sirviente.

—Jamás lo pondría en duda— dice pausadamente—. Un aplauso para la asadora entonces— pide sin bajar sus ojos y los demás aplauden. Él no. Ella agradece levantando una de las manos, avergonzada y mostrándoles la palma en señal de que es suficiente.

Cuando el dueño les alcanza la cuenta los escucha hablar un rato. Le llegan palabras sueltas, intenta no prestarles atención, sin embargo sus oídos se instalan allí, obstinados, se esfuerzan en captar algo, como si supieran que deben estar atentos.

— ¿Vos no te estarás cogiendo a esa machona?— oye destacarse la voz de Chávez.

Su patrón le chista como para que se calle.

—Bueno, si te gusta entrarle a la tortilla es tu problema— agrega y enseguida estallan carcajadas en la mesa.

Le dan ganas de ir hasta la mesa a enfrentarlo y amenazarlo con la cuchilla, ponérsela en el cuello, obligarlo a pedirle perdón. Chávez, te fuiste bien a la mierda, se imagina decirle, me pedís perdón o te inserto como a un chorizo. Está roja de odio.

Su padre se había criado en el campo y de chica la llevaba a pasar los fines de semana a una zona medio rural donde vivían unos tíos. Allí le enseñó a usar el cuchillo, indicado los lugares precisos en los que se dañaba un cuerpo; había carneado su primer chanco a los once años. Un pelotudo como ése podía durarle unos segundos, pensaba, pero esa vez se mantuvo de espaldas a ellos frente a la parrilla y siguió girando los cortes, como si no los hubiera oído; todos en la mesa sabían que había escuchado, porque esa fue la intención de Chávez.

Le dejaron una buena propina que de algún modo sirvió de consuelo, y trató de convencerse de haber actuado con inteligencia y de que si no les demostraba enojo, podría sacar su tajada de esa mierda de trabajo que especulaba, convencida, era transitorio. Pero otra cosa latía dentro de ella, no era la propina lo que le importaba cuidar, ni el trabajo, y Chávez, estaba segura, tal vez sin comprenderlo del todo, sentía lo mismo: miedo, se tenían miedo, miedo del otro y de ellos mismos, un morbo que los aterraba por lo que el otro componía y generaba en cada uno.

En la segunda visita no pasa mucho al principio, los atiende simulando buena predisposición y ellos se comportan amables, pareciera que los roces de la primera no hubieran existido. Estudian el menú ceremoniosos y cuando se acerca otra vez a la mesa a tomarles el pedido, debaten como la primera vez, y asiste en silencio a lo que intuye, es la repetición de un rito ya actuado de tan reiterado, con final obvio, el que luego de varias semanas de atenderlos se aprende de memoria: una clásica parrillada con tiras de asado y vacío, eso sí, con abundantes achuras al comienzo, un poco de todas esas vísceras y órganos grasosos para paladares brutos y que tanto asco le dan, duplicando la porción de riñones y chinchulines. Ensalada mixta y papas fritas para

acompañar, jarra de pingüino con vino tinto, soda y hielo — de estas últimas cosas se ocupa su patrón en la cocina—.

Cuando les lleva las achuras, Guzmán le dice señalando a uno de sus compañeros:

—A este el chorizo cortáselo mariposa. Dicen en el barrio que es delicado, medio mariposón.

Se ríen con ganas. El automatismo del imbécil que festeja su idiotez sin cansarse, piensa, porque la gracia está en la repetición y en la tranquilidad que ésta provee; ella, por estrategia o pura inercia, también sonrío.

— ¿Y a vos Asadora, cómo te gusta?— le pregunta Chávez y todos se callan.

Se tensa, tarda en contestar.

—No me gusta el chorizo.

—Me imaginaba...— dice y bebe un sorbo largo de vino tinto. Hace chistar los labios al tragar. Ella siente asco. Él golpea el vaso con exageración sobre la mesa— ¿y la morcilla?

Guzmán finge, exagera una risotada brutal, los otros tres lo hacen tímidamente, y ahí comprende que son cartón pintado, extras, reidores que acompañan y deben festejar las ocurrencias de un libreto del que Chávez es protagonista y artífice.

—¿Y la tripa gorda?— pregunta Guzmán, pícaro, asumiendo su papel de partenaire.

Las risas refuerzan su bronca. Termina de apoyar la fuente de achuras en la mesa y ve sus caras expectantes a la espera de una respuesta, relamiéndose a costa de su expresión afectada. En el momento en que decide girar para retirarse sin contestar, se da cuenta de que es un error, que es eso lo que los dejará satisfechos, la idea de haberla avergonzado y dejado sin palabras.

—Prefiero la molleja— dice con una sonrisa ladina y experimenta un placer enorme al decirlo. Saca la cuchilla

del cinturón y nota un leve movimiento del torso, una rigidez de hombros en Chávez, ve sus manos que se tensan abiertas sobre la mesa, un indeciso intento de ponerse de pie. Enseguida dibuja con el cuchillo un corte vertical en el aire y levanta dos o tres veces las cejas, saca la lengua y lame el aire—. Macerada con mucho limoncito, bien ácida. Para chuparse los dedos.

Silencio. Entiende que da en una zona incómoda, que se salió de libreto, que ellos deben avergonzarla y no ella herir su moral. La cara de Chávez y Guzmán se lo indican, la mirada de los otros tres no llegan a demostrarle si entendieron. Imbéciles. Ceden el protagonismo al libretista que no demora en intervenir.

—Pero mirá qué bacana, le gusta la molleja— dice Chávez irguiendo el mentón.

Percibe asco en su frase.

—Y... lo bueno, una vez que se prueba no se puede dejar— contesta mirándolo exclusivamente a él—. Que disfruten las achuras, en quince minutos les traigo la carne.

Camina hacia la parrilla. Llega a sus oídos un rumor entre dientes: “esta puta de mierda ya va a ver lo que es bueno” ¿Oyó bien? No está segura si es su cabeza que se persigue.

No fantaseaba. Chávez lo prometía a sus amigos; sus oídos al igual que su instinto funcionaban a la perfección. El miedo, ahora lo sabe bien, empuja al odio y por añadidura, a la locura. La mesa estaba servida entre ellos y cuando por esas semanas murió su padre — un nuevo ACV le dio la última estocada—, se cargó de un rencor y una tristeza que le impidió reaccionar a tiempo. No tenía excusas, ese había sido el momento de abandonar la pocilga, pero se dio unas semanas más, quizá concluir el mes y juntar unos pesos que le dieran algo de desahogo hasta encontrar otra cosa.

Son un tipo de hombre, en apariencia, no muy distinto al que fue su padre— los oye desde la parrilla hablar de

fútbol, de política, de mujeres, los ve levantar el culo y tirarse pedos y festejarse con risas y gestos de asco—, sólo que a él, su padre, por el contrario, su presencia jamás le resultó una molestia. Para Chávez y Guzmán, en cambio, siente que es una falla en su paisaje, lo que no desean ver: una joven que los rechaza, atractiva, y para peor que no resalta sus dotes para hacerles el juego, que usa jeans sueltos y borceguíes, que no los coquetea porque no le interesa el juego de seducción, que no los respeta, que no se maquilla, que huele a humo y que en las manos ostenta mugre y grasa y no esmalte de uñas. Una “cosa” en estado de provocación permanente. Pero es transitorio, se repite como una plegaria, es uno de los peldaños que debe subir para conquistar su sueño de convertirse en chef de un prestigioso hotel o restaurant, y viajar y preparar platos con productos “prémium”.

La incomodaba envidiar la conexión que existía entre ellos, su amistad, la intensidad de las charlas — sobre todo cuando se olvidaban de ella—, los códigos en común que los hacía sentir seguros, esas carcajadas que oía estallar inesperadamente desde la parrilla mientras comían. En su paso por el colegio siempre pensó que sus compañeras eran todas unas pelotuditas — a su padre, con la misma naturalidad con que invariablemente le pedía que lo ayudara a preparar los chorizos, salames y bondiolas, apenas unas horas después de haberle cedido el cuchillo para que degollara el chancho, se le antojó como una obviedad que debía ir a un colegio privado, religioso y de señoritas—, tontas desdichadas que se miraban de arriba abajo, un vistazo solapado, lento e implacable en busca de algún defecto para sentirse menos infelices: espiar si una sudaba mucho y se le hacía una aureola bajo la axila, o si tenía un pelo que por descuido no se había sacado de la pierna, el mentón o el dedo gordo del pie, si se tenía un culo con celulitis o caspa sobre los hombros, una piel

grasosa y con acné... Sentía que lo único que les interesaba era gustarles a los hombres y generar envidia en la otra por alguna estupidez que suponían un atributo. Por eso la odiaban, porque hablaba poco y contadas veces mostró interés en agradarles, porque tenía buenas tetas y un culo con buena forma y lo desperdiciaba con ropa holgada; se hubieran reído de ella de encontrarla trabajando en una parrilla, estaba segura. En la escuela de cocina tampoco llegó a tener un grupo de amigos, y quizá por esto miraba de vez en cuando con buena cara esa cofradía que Chávez administraba con orgullo.

Esta noche hace un poco de frío, inusual para la época, y como está segura de que no irán a comer (van los jueves y hoy es martes), en lugar de los jeans amplios y gastados, elige una calza gruesa de algodón, abrigada y bien ajustada al cuerpo.

Está distraída frente a las brasas, atizándolas, de espalda a los pocos comensales, disolviéndose en una sopa fría de recuerdos que acarrearán únicamente tristeza— su padre murió hace una semana—. En un momento gira como si una mano helada e indiscreta le tocara la espalda, siente la necesidad de hacerlo, instinto de defensa o lo que sea, un pedido del cuerpo se lo exige. Se topa con las miradas de los cinco sobre su culo, sentados a la mesa que ocupan los días jueves. QUITAN enseguida sus ojos, menos Chávez que con una sonrisa le hace señas para que se acerque. Lo mira con odio, un irreprimible pudor la fastidia, se siente como cazada por el lobo que supo burlar por meses.

—A que te sorprendimos— dice Chávez cuando está junto a la mesa.

—¿Sorprenderme?, no, para nada— intenta disimular. Sabe que su cara no puede ocultar el malestar.

Por fortuna, piensa, el delantal de cocinera le cubre el frente, pero el buzo que lleva puesto es corto y no cubre su

culo prominente, el que los tenía babeando hacía un minuto.

—Esta semana hacemos doblete— le dice Guzmán—, hoy por el cumpleaños de éste— y señala al pelado, de quien jamás recordará los rasgos de su cara, sólo que es blanco y lampiño, desagradable y brillante como los gusanos de tierra que juntaba con su padre antes de salir de pesca—, y el jueves también, para no matar la rutina, por supuesto, el jueves es fija siempre, llueve o truene, sabelo, Asadora.

No hacía falta que se lo aclararan, después de unos meses de trabajar ahí, sabía de sobra que eran tipos de costumbres y tradiciones inquebrantables, hábitos que, le daba ganas de decirles, se pasaba por la concha. A esa altura ya deseaba un mozo más que a nada en el mundo, incluso se lo había sugerido a su patrón; evitar tratarlos hubiera sido la mejor propina, pero esa parrillita de mierda atendía pocas mesas, y justamente, el vínculo directo y sin intermediarios con el parrillero, era su atractivo principal.

Hubo días en los que aunque los ignorara, palpitaba el odio encubierto, el velado intento de someterla, de revertir su indiferencia, sentía dedos invisibles y silenciosos empujándole la piel, y el rechazo era tan intenso y recíproco que, paradójicamente, la atracción era irrefrenable. A ella no le iban a quitar el derecho a comandar el fuego, menos su vida.

—Vos sí que no dejás de sorprendernos, hoy más que nunca— dice de pronto Chávez, mordaz, y toma el menú de la mesa.

Con asco ve arquearse por una sonrisa satisfecha, el soretito marrón que Guzmán lleva como bigote.

—Bueno, lo de siempre, ¿no?, ¿qué otra cosa sino?— dice con intención de provocarlos, de hacerlos sentir previsibles; tal vez, piensa, una apuesta demasiado sutil para que la entiendan y que además, en el fondo, es

impugnar lo que para ellos representa una virtud—. En un rato les traigo las achuras.

—No— dice Chávez, astuto, y levanta el dedo índice sin levantar la vista del menú—. Hoy es un día especial y hay que demorarse para que el disfrute sea bien, bien profundo... ¿qué tal muchachos una empanada jugosa y calentita?— dirige una veloz mirada a sus amigos y enseguida la vuelve hacia ella— ¿habrá algo así, con un lindo repulgue para saborear y abrir la noche?

Guzmán festeja y da un aplauso, como si diera una señal a los otros tres para que suelten sus risas.

—Eso, Chávez— dice ella tratando de mostrarse inalterable—, ya lo sabés, se lo tenés que pedir al jefe, no a mí. Soy la Asadora y no me interesa qué tienen en la cocina para ofrecer.

—Andá, andá tranquila, nena— se apura a decir sacudiendo en el aire una de sus manos—. Cuando tenemos el pedido te llamamos— agrega con la cabeza otra vez inclinada sobre el menú abierto sobre su regazo.

Ella se le queda mirando unos segundos. Chávez la ignora, desconocer su enojo parece alimentar su sadismo. Después repasa las caras de los demás, sólo Guzmán le sostiene la vista. Gira y camina hacia la parrilla, oye que rumorean. Casi que los ve mirándole el culo, ya ni siquiera por genuino deseo, sino simplemente para no salirse de su libreto.

—Pajeros— dice en voz lo suficientemente alta como para que la oigan.

Para taparse un poco, en los piolines que sujetan el delantal y que se atan a la cintura, engancha el repasador que usa para limpiarse las manos.

Comen lo mismo, claro, qué otra cosa, se jacta al tomarles el pedido, sólo que esta vez, quizá por el festejo del cumpleaños del que ella identifica como un gusano albino, beben más que lo acostumbrado; lo ve al patrón llevarle

como cinco veces pingüinos con vino tinto. Los cochinos están picaditos, se dice entre dientes. No dejan de reírse, sus ojos están astillados, de un rojo amarillento, los párpados se les vencen de a ratos, pero no se van y son los últimos, están insoportables y ya no tiene paciencia. Están a punto caramelo para degollarlos sin que lleguen a defenderse, piensa, y desangrarlos cabeza abajo.

Cuando empieza a guardar dentro de los tupper la comida que sobró para llevarla a la heladera, oye que la llama Guzmán. Le hace señas de que se acerque. Imagina debe querer darle la propina en persona, ya lo hizo otras veces, sabe que es parte de su ofensiva, de hacerla sentir que le da en mano su limosna.

No se equivoca.

—Tomá, nena— dice Guzmán con resbaladiza pronunciación por la borrachera, hasta su bigote marrón parece despeinado—, hoy nos deleitaste, lo tenés más que merecido.

Fuerza una sonrisa, reparte como puede una mirada agradecida, y cuando se inclina para tomar los billetes de su mano, no siente nada primero, pero escucha la voz de Chávez susurrar.

—Linda conchita tenías ahí escondida.

Primero ve su mano levantándole el delantal, después sus ojos que apuntan a su vientre, oye risas, queda muda y paralizada, la escena la desconcierta, no logra reaccionar. Hasta que siente el dorso de la mano de Chávez rozándola.

— ¿¡Qué haces la puta que te parió!?!— grita y no duda en golpear con una piña ruidosa y contundente la mano de Chávez, que se desmorona como un péndulo en caída libre y choca contra el borde de la mesa.

Chávez da un bufido de dolor y se pone de pie, un resorte de ira lo activa, pero debe hacer una pausa para no caerse de la borrachera que tiene, apoya una de sus manos en el

respaldo de la silla. Ella, como alguna vez le enseñó su padre, toma distancia.

— ¿Qué hacés puta de mierda?, ¿estás loca la concha de tu madre?— atina a acercarse.

Piensa en agacharse y sacar de dentro del borceguí, metido en el tobillo, la navaja que siempre lleva escondida, pero manotea un cuchillo de la mesa. Se lo muestra.

—Ah, te gusta la guerra, puta...

—Vení putito— le dice, es una amasijo de bronca y miedo, está temblando, siente la hoja plateada vibrar en el puño apretado. Guzmán golpea con las palmas de las manos la mesa y se pone de pie. Los otros, como siempre le sucede, no tiene idea de qué hacen, pero aseguraría que siguen sentados. A la par del terror y la adrenalina que le corre por las venas, aparecen en su cabeza, nítidos, como una señal de alarma, los gritos de un cerdo cabeza abajo, los que oía justo antes de que su padre le pasara la cuchilla para insertarlo. Esos chillidos sufrientes y agudos, filosos al oído, siempre resultaron mortificantes por la excitación que le provocaban. Odiaba al padre por empujarla a carnear al animal, sin embargo, a la vez, quería complacerlo y silenciar los gritos del animal; tiempo después entendió que quizá era su modo de acercarse, de enseñarle, a su manera, lo dura que podía resultar la vida y cómo defenderse.

Aparece el dueño, grita, una, dos, tres veces, se confunden con el eco de los bramidos agudos del cerdo, un sonido alienante que se funde con los gritos de esas otras, para ella, infinitamente peores bestias. Ve al patrón sujetando a Chávez del brazo, lo tranquiliza, intercambia palabras con Guzmán. No puede oír con claridad qué se dicen, sigue en guardia, encapsulada dentro de una armadura, ve abstraída en dirección a la mesa y lo que allí sucede, lista para lo que sea, pero como si no formara parte de la escena. Ve los gestos contraerse, palmadas de su

patrón en sus hombros, bocas moradas por el vino, dientes con restos de comida.

Deja de oír el llanto del cerdo.

Baja su mano. La cosa se aquieta. Su patrón los empuja con ambigua diplomacia a irse, los persuade de que no vale la pena, que ya está por hoy, que si viene la policía se arma quilombo y no le queda más remedio que entregarlos, que no va a poner en riesgo su boliche... Y va lográndolo, con dificultad, aunque sabe hacer bien esa parte del trabajo, ella ya lo ha visto actuar con habilidad en otra oportunidad en la que el alcohol puso violentos a los comensales.

—Perdón, muñeca, no quise ser descortés, te veo el jueves, sin falta— le dice Chávez mientras se aleja, ahora con una tranquilidad que la inquieta, le muestra la palma de la mano a la altura de su cara y mueve los dedos haciéndolos bailar, un saludo que la hace tragar una saliva amarga.

—A los cagones como ustedes, y en especial a vos, Chávez, les deseo cáncer en la pija— les grita y les muestra también su mano con los cinco dedos desplegados. Después cierra el puño y contrae los labios.

Chávez se rio de su frase de despedida con una carcajada que la estremeció, en cambio Guzmán intentó reabrir el quilombo, pero su patrón volvió a hacer su trabajo hasta que terminaron por dispersarse e irse cada uno a su casa. Le pidió que no fuera a trabajar ese jueves, ya vería qué hacer los próximos, al menos hasta que se aquietaran las aguas, “vení mañana, pero el jueves me hago cargo yo de la parrilla”, le ordenó. Estuvo de acuerdo, aunque no le gustó que no tomara partido, parecía no escuchar su relato de lo ocurrido y cuando se refirió al tema, lo hizo restándole importancia.

Le llevó un tiempo calmarse un poco, quizá la hora que demoró en guardar la comida, limpiar la parrilla y ayudar a su jefe a levantar y ordenar las mesas. Estaba por empezar

esa labor cuando vio pasar el auto de Chávez, un antiguo pero impecable Chevrolet 400, esta vez a marcha lenta; parecía uno de esos autos preparados para correr picadas. Lo imaginó detrás de los vidrios polarizados mirando hacia la parrilla. Lo dejaba a unas cuadras porque en la avenida no se podía estacionar. Pudo distinguir la frase que llevaba pegada en letras blancas en la luneta y que otras veces no había alcanzado a leer porque siempre pasaba a toda velocidad. Decía: Salvado por Jesús. Hasta alcanzó a ver un plumero de lana en la luneta. Se lo imaginó plumereando el polvo de su fetiche restaurado. Viejo patético, pensó y se rio con soberbia.

Al otro día, miércoles, no va a trabajar. Intenta cumplir la orden del patrón, “... *vení mañana, pero el jueves me encargo yo...*”, pero no puede dirigir sus ideas, tuvo pesadillas toda la noche y durante el día no deja de llorar. Piensa recurrentemente en el padre pasándole el cuchillo para insertar a un cerdo que grita cabeza abajo. Ni el cuerpo, ni su mente le responden. Decide faltar e ir el jueves a pesar de la orden de su jefe.

Le explica, cuando aparece en la parrilla, que el miércoles se levantó con fiebre y que tuvo que quedarse en cama, que por eso decidió ir ese día, no para contradecir su orden, sino para no cargarlo dos días seguidos con todo el trabajo. Asiente, aunque su gesto muestra enfado. Ella le dice que no se preocupe, que si vienen los “muchachos” — él los llama así—, les pedirá disculpas y a otra cosa, les seguirá el juego si es necesario, ya no quiere problemas... No parece importarle nada de lo que le dice, apenas suelta un:

—Hacé como quieras, lo único que no quiero es más quilombo— y parco se va para la cocina.

Extiende las brasas. Abre uno de los tupper y empieza a poner las achuras. Este día me voy a lucir, piensa. Menea la cabeza y sonrío pensativa.

Una hora después van llegando, se saludan como siempre, un abrazo breve acompañado de una palmada sonora en la espalda y se acomodan en su mesa; siente y ve cada tanto sus miradas huidizas y rencorosas. Ya están Guzmán y los otros tres. Chávez no. Toma coraje y se acerca a la mesa. Les pide disculpas por lo de la otra noche, no quiere más problemas, dice, hagamos una tregua. La miran y asienten.

— Voy a traerles ración especial de achuras— dice amable y fuerza una sonrisa amistosa.

El martes de la pelea, cuando terminó de ordenar la parrilla, salió camino a la parada de colectivos. Giró en la avenida y avanzó a paso lento por la calle angosta por donde doblaba el colectivo; faltarían unos diez minutos para que apareciera, ya conocía su horario, así que iba con tiempo de sobra. Caminaba por la calle junto al cordón, a esa hora estaba casi desierta y silenciosa, muy pocos autos pasaban y la gente ya estaba guardada en su casa. Iba desprevenida, agotada y abstraída por la jornada y lo sucedido, pensando si no era momento de abandonar ese lugar, casi convencida de que lo mejor era que ese día de trabajo fuera el último, hasta vio posible llamar a ese aviso que había despegado del poste de un semáforo en el que un “artista plástico” decía buscar modelos para posar, buena remuneración... ¿Será otro degenerado?, se preguntó, estás loca, salís de una y te querés meter en otra. Por eso apenas si se acuerda del ronquido adormecido del auto acercándose por atrás y del momento en que lo oyó acelerar. Tardó segundos, quizá menos, en identificar el sonido tan particular del motor de los Chevrolet 400— un huracán contenido y amenazante mientras regula, una explosión de metales triturados al tomar potencia—, y cuando lo hizo, ya alertada del peligro, quiso girar, pero sintió un golpe en la nuca, un silbido agudo y lineal en los oídos y todo quedó en blanco.

Su patrón les lleva vino y la canasta con pan. Oye que al preguntar por Chávez le comentan que es raro, que debe estar enfermo, o quizá tuvo alguna complicación, porque siempre es el primero en llegar. Guzmán la descubre observándolos y ella baja la cabeza en dirección a la mesada.

Les lleva las achuras, las riega bien, como les gusta, con salsa provenzal. Los ve pinchar con voracidad de la fuente apenas la apoya.

Está atendiéndolos con exagerada amabilidad, nota desconfianza en el gesto de Guzmán que mira con insistencia hacia la parrilla mientras mastica. Tal vez imagina que voy envenenarlos, piensa, ganas no me faltan.

Se despertó con un dolor horrible en la nuca, latía y parecía a punto de explotar. Un olor como de solvente la tenía mareada, hasta que todo se fue disipando cuando sus ojos comprendieron la situación, o parte de ella: tenía las calzas por los tobillos y los borceguíes puestos. El rostro de Chávez a pocos centímetros y el vaivén de su cuerpo, la puso en alerta. Sintió entonces otro dolor, que la penetraba y parecía desgarrarla. Intentó zafarse, sus tobillos estaban juntos, ceñidos por la calza, descansando sobre el hombro izquierdo de él. Le llegó el sonido de su jadeo, la tibieza de su aliento, un olor rancio de vino mezclado con eructo de chorizo. El cuerpo no le respondía, pero cuando oyó su voz, una energía residual de su espíritu se activó.

—Sos una puta parrillera al final... viste que te gusta— dijo Chávez—... hasta quisiste venir conmigo para que te coja bien...

Su mano viajó instintivamente hasta el borceguí y empuñó la navaja.

—El jueves le vamos a contar a los muchachos lo bien que la pasamos...

Se lo clavó primero en la cara, entrándole por el pómulo, sintió la hoja chocar y trabarse contra sus dientes. Dio un